

## EL ANALISIS MULTIRREFERENCIAL

Jacques Ardoino

Jacques Ardoino es Profesor de la Universidad de París VIII. Este texto ha sido tomado de Ardoino J. et al. SCIENCES DE L'EDUCATION, SCIENCES MAJEURES. ACTES DE JOURNEES D'ETUDE TENUES A L'OCCASION DES 21 ANS DES SCIENCES DE L'EDUCATION.<sup>1</sup> Issy-les-Moulineaux, EAP, Colección Recherches et Sciences de l'éducation, 1991, pp. 173-181.

Es necesario comprender el análisis multirreferencial como una lectura plural, bajo diferentes ángulos, de los objetos que quiere aprehender, en función de sistemas de referencias supuestamente distintos, no reductibles los unos a los otros. La educación, por ejemplo, definida como una función social global, asegurada y traducida por un cierto número de prácticas, está en relación, evidentemente, con el conjunto más vasto de las ciencias del hombre y de la sociedad. Por consecuencia, desde el punto de vista del saber, le interesa tanto al psicólogo como al psicólogo social, al economista como al sociólogo, al filósofo como al historiador, etcétera. En el plano de la acción, se advierten múltiples competencias necesarias tanto para la inteligencia práctica como para la gestión de situaciones concretas. Sólo se puede esperar emprender seriamente el análisis de tales prácticas a partir del reconocimiento de su complejidad y, por consecuencia, de una comprensión considerablemente retrabajada del status de su opacidad. En efecto, son estas últimas nociones, las que a través de los desarrollos de la antropología contemporánea (E. Morin), nos parecen las más propias para fundar la legitimidad de un análisis multirreferencial. Introducen justamente a otra epistemología, cuestionando particularmente, la idea comúnmente admitida de que el proceso científico consiste necesariamente en el tránsito de lo complejo a lo simple. Dicho de otra forma, la representación tradicional de la complejidad, poco diferenciada de la complicación y usualmente sinónimo de enredo o de confusión, es aquélla de un producto bruto, mal acabado, provisoriamente opaco pero destinado, por el esfuerzo del conocimiento, a una transparencia aún en devenir. Así, tal o cual enfermedad, aún no controlada, incurable, el SIDA, por ejemplo, se considera, a fin de cuentas, por los investigadores que a ella se enfrentan, como si pudiera ser erradicada, a partir del momento en el que se habrá comprendido la génesis y las condiciones de desarrollo.

El proceso de las ciencias positivas recorta efectivamente lo real y “construye” literalmente los “hechos”, las “leyes” y las teorías. Su “apuesta” es siempre aquélla de la descomposición (es la etimología del término “análisis”), de la división, de la investigación de elementos cada vez más simples, cada vez más fundamentales, cuya acumulación, más aun que la combinación, da justamente las propiedades del conjunto. Hay que notar, de paso, que la representación del proceso científico en términos de afinamientos, si no es que de “reafinamientos”,<sup>2</sup> progresivos, hasta encontrar lo simple, es concebido como esencial, porque lo elemental alcanza al fantasma de la pureza que se encuentra en todas las culturas. Mitos y religión ubican la pureza o el estado de inocencia en los orígenes. Es el tema de la edad de oro o del paraíso perdido. Ahora, la “religión de los hechos” conserva, de cierta manera, esta nostalgia en el corazón mismo de su racionalidad. Para esta cosmogonía, Dios, que sabe todo, creó inicialmente el mundo. En seguida, los hombres se interrogan. El descubrimiento, por su etimología propia, aún muy cerca del develamiento, supone precisamente la puesta al día de alguna cosa “oculta”, allá, preexistente, a la cual sólo se puede acceder obstinadamente, parsimoniosamente, poco a poco, por fragmentos. En este andar de lo no conocido o de lo desconocido hacia lo conocido, del no saber hacia el saber, todo ocurre como si la empresa científica quisiera, por sus esclarecimientos, disipar la penumbra, a la imagen del ciclo perpetuamente renovado de una alternancia de los periodos diurnos y nocturnos. Las “luces” de nuestra civilización se dan, así, a la tarea de combatir y de vencer a las tinieblas de la barbarie. Después de la aurora de nuestra historia, la finalidad del conocimiento se expresa a través de una dialéctica de lo invisible y de lo visible, de lo oculto y de lo develado, de la opacidad y de la transparencia.

<sup>1</sup>Este texto fue publicado también, en forma semejante, en Perspectives de l'analyse institutionnelle, bajo la dirección de Hess R. y Savoye A. París, Klincksieck Méridiens, 1988.

<sup>2</sup>Raffinages: idea de purificación y al mismo tiempo de adquirir un estado refinado.

Esta posición analítica “clásica” basada en la hipótesis de una reducción siempre posible de lo complejo a lo elemental, y, por consecuencia, de lo heterogéneo a lo homogéneo, establecerá, al mismo tiempo, una frontera útil entre la opinión común, la doxa, las creencias, los mitos; formas de conocimientos precientíficos, o los enunciados de saber que permiten una administración de la prueba, por lo menos asegurados por una coherencia axiomática. Por esto, formas de reflexión, aún racionales, no podrán, por mucho tiempo, encontrar la ocasión de confrontarse con los enunciados científicos. Quedarán del orden de la filosofía, del arte, de la poesía, de la novela o del discurso. Así, en sus tiempos, las fenomenologías, las aproximaciones hermenéuticas, el psicoanálisis naciente, las sociologías críticas, etcétera. Todo lo que podía; poner en juego lo imaginario se valoraba como humo, reflejo, ilusión. La opacidad, la complejidad, estaban o bien consideradas como un estado solamente provisional del objeto, destinado a ser reducido en elementos más simples por el análisis, o bien abandonadas a los caos exteriores, fuera del universo de la razón. Dicho de otra forma, el objeto de conocimiento se suponía fundamentalmente susceptible de transparencia cuando un trabajo conveniente del espíritu y un tratamiento de datos con metodologías adecuadas, le descargaban de las ilusiones sensibles, igual que de todo aquello que podía venir a obstaculizarlo, a sobrecargarlo, a deformarlo. Aquí, es necesario entender por transparencia más que lo que puede estar abrazado por la mirada, concebido, totalmente descrito, definido o inspeccionado, según el sentido corriente, aquello que puede ser construido, efectivamente, idealmente o psíquicamente, para después ser deconstruido (descompuesto) y reconstruido idéntico, con todas sus propiedades, por el espíritu que conoce. En este sentido, un objeto matemático número, espacio, plano, volumen, función, es totalmente construible-deconstruible-reconstruible. Más generalmente aún, todo producto, resultado, efecto del propio juego de una combinatoria o de una axiomática es transparente en este sentido del término. Es la lógica hipotética-deductiva, por ejemplo. Igualmente, una máquina, por más compleja que sea, es transparente, a pesar de la noción de “caja negra” forjada, al principio por los cibernéticos, retomada y utilizada, después, por los técnicos. El creador, el constructor, el reparador y el utilizador pueden conocerla casi totalmente, cada uno por sus propios medios. En este sentido, no se trata ya de la mirada tomada a la letra, la vista, sino de la mirada en un sentido figurado, “el espíritu”, la inteligencia que supuestamente “atraviesan” más o menos totalmente la cosa. Notemos, sin embargo, que aquí, ya no hay coincidencia posible entre esta visión de las cosas, esta representación del “objeto científico” y el fenómeno vivo o, más específicamente aún, la realidad humana y social. Ninguna reducción de este tipo es legítima cualquiera que fuese la nostalgia que aún se tenga de ella. Cierto, la inteligibilidad de los fenómenos vivos consiste también en reconstruir, en “formalizar” y “modelizar”, a veces, esquematizar, la idea que uno se hace de su funcionamiento supuesto, pero este trabajo de análisis y de síntesis, la descomposición abstracta o concreta (por ejemplo: la disección de un organismo vivo), conducen siempre a la evaporación, a la desaparición de las propiedades y de los caracteres, los más específicos y fundamentales del objeto de tales investigaciones: la vida, la conciencia. Esto será aun más verdadero en los procesos establecidos, generados y contruidos en un efecto d’après-coup de recurrencia, sobre el que regresaremos más adelante. Decir que aquello que es específicamente humano es siempre, también, naturalmente opaco y que tiene que ver, por consecuencia, tanto o más con una hermenéutica, que con el propio proceso explicativo, es insistir sobre el carácter a la vez objetivo y subjetivo, implicado y, sobre todo, polémico, del universo al que pertenece. Cualesquiera que sean los determinismos que lo condicionan y puedan explicar sus modos de funcionamiento, hay en sí un poder de negación, de contra-estrategia, que le da al menos, en parte, la comprensión de estos determinismos y una cierta capacidad para actuar, para adaptarse, incluso transformarlos. Además, como E. Morin ha intentado mostrar, los fenómenos de recurrencia, de retroacción, adquieren una importancia mucho mayor, en este universo, más temporal e histórico que espacial o extendido (en el sentido lógico-matemático, o psicomecanicista cartesiano). La opacidad, pariente cercana aquí de la poeticidad (poiesis) es, quizá, el signo de los roles y de las funciones de un aparato imaginario (sin aceptar, sin embargo, un retorno a la magia de los orígenes). Este reconocimiento de la opacidad es, en síntesis, un recordatorio a las particularidades de la intimidad. En este sentido, la explicación y la elucidación, siempre más o menos tributarias de la hipótesis de la eficacia propia de un inconsciente y, más generalmente aún, de una función imaginaria“, son algo totalmente distinto de la explicación. Se vuelve a encontrar, entonces, la distinción, ya establecida en el siglo pasado, por la escuela hermenéutica alemana, especialmente por Dilthey, entre ciencias de la explicación y ciencias de la ”comprehensión”. Nosotros podríamos, también ahora, hablar de las ciencias de la implicación

y de las ciencias de la explicación (sin ser de ninguna manera despreciable la función del pliegue adentro o afuera, sugerido por la etimología).

Pese a los numerosos intentos en el pasado, para “calcarlas” más o menos, sobre el “patrón” de las ciencias exactas, se sabe que ahora ya no podemos conformar con el solo proceso “positivista”, en el marco de las ciencias, en el seno de las cuales se elaboran las diferentes “miradas” que pretenden dar cuenta científicamente de las prácticas sociales.

En la medida, precisamente, en la que su objeto-sujeto, a la vez individual y colectivo, el hombre no es indiferente a las producciones de saber que le conciernen y ante las cuales reaccionará, por consecuencia, él va a interferir permanentemente con los dispositivos de análisis y de investigación que se le aplicarán, perturbando a su vez el funcionamiento. Si se acepta que la investigación es, de alguna manera, una estrategia de conocimiento, es necesario saber que ese objetivo es siempre susceptible, consciente o inconscientemente, de provocar contraestrategias apropiadas. Debido a que esta capacidad “negatriz” es exclusiva de lo vivo, a fortiori del hombre, jamás podría ser totalmente eliminada del proceso científico, al nivel del “campo” como del objeto, si se acepta no limitarse solamente a los comportamientos observables, si no es que “objetivables” o a tomar en cuenta como inevitables, las dimensiones propias del sujeto.

Cuando, por su lado, Edgar Morin quiere especificar los fenómenos bioantroposociales, los caracteriza, en este sentido, como hipercomplejos. Por otra parte, la noción de complejidad merecería un muy amplio desarrollo para dejar de ser o de parecer la panacea, el gadget de moda que invocan demasiado fácilmente una gran cantidad de corrientes modernistas. Digamos simplemente aquí, en pocas palabras, que esa noción se opone a la ambición simplificadora, bien marcada por la ciencia cartesiana (dividir la dificultad. . .) Es toda la crítica de la forma del pensamiento disyuntivo y disciplinario la que marca aún nuestro conocimiento. Reconocer la complejidad como fundamental en una región del saber, es entonces, a la vez, postular el carácter “molar”, holístico, de la realidad estudiada y la imposibilidad de su reducción por cortes, por descomposición en elementos más simples. Sin embargo, esta imposibilidad de separar o descomponer los “constituyentes” de una realidad compleja no prohíbe, de ninguna manera, el reconocimiento o la distinción efectuados por la inteligencia, en el seno de tales conjuntos, a partir de métodos apropiados. Esto supone una visión, a la vez, “sistemática”, comprehensiva y hermenéutica de las cosas, por la cual los fenómenos de relaciones, de interdependencia, de alteración, de recurrencia, que fundan eventualmente las propiedades cuasi holográficas, se convierten en preeminentes para la inteligibilidad. Reconocer y postular la complejidad de una realidad es, al mismo tiempo, renunciar a querer encontrarla o reencontrarla después de un tratamiento homogéneo. La intuición de la complejidad en los antropólogos y las representaciones propuestas por los modelos sistémicos, aun si se aproximan desde diversos puntos, están muy lejos de coincidir. Por un lado, hay, en este cambio de perspectiva, la figuración de disposiciones internas de la realidad estudiada en términos de conjuntos, molares y no moleculares, para hablar el lenguaje de los físicos o, si se prefiere, holístico y no lineal. Entonces, es necesario hacer notar que se trata mucho más, en el caso que nos interesa, de una totalización en proceso (en el sentido sartreano del término) que de una totalidad. Pero, por otra parte, en tanto que se trata de conjuntos prácticos, en el seno de los cuales se inscriben los actores dotados de negatricidad, se da la representación de las diferencias de donde nacerán las oposiciones de intereses, los conflictos y el status de legitimidad o de delincuencia, de salud o de enfermedad, de normalidad o de anormalidad que se les confiere por el tratamiento eventual de las dificultades de funcionamiento que resulten. La aproximación sistémica, al privilegiar la regulación, evita en parte este problema. Su comprensión de las situaciones no es dialéctica, por ser esencialmente funcionalista. La hipótesis de una pluralidad de “miradas” necesarias para permitir la comprensión de un objeto dado, en este caso, una práctica social, termina, de hecho, por otorgar a este objeto un elevado grado de desorden y de heterogeneidad que, sin esta multiplicidad de acercamientos, siempre incompletos, pero pensados como complementarios, quedaría ininteligible. Entonces, representaremos, a este objeto como estratificado y demandante de diversos niveles de lectura. Esta complejidad se da demasiado seguido a conocer como “multi” o “pluri” dimensionalidad, así adjudicadas al objeto. Desde el punto de vista de la o de las miradas que intentan dar cuenta de esto, nos parece preferible hablar de multirreferencialidad. Estas dos nociones no deben ser confundidas. Para explicar brevemente la diferencia, tanto una como la otra, pueden referirse igualmente a la idea de “complementariedad”. Sin embargo, esta última, en sí misma,

oculta contenidos muy diferentes:

1. Si hablamos de dos “ángulos complementarios” cuya suma da un ángulo recto, la complementariedad que evocamos es aquella de dos subconjuntos homogéneos el uno con respecto al otro.
2. Cuando decimos que los diferentes “sentidos” (vista, olfato, tacto) son complementarios, hablamos ya de realidades más heterogéneas entre ellas pero que quedan sin embargo coordinadas, “piloteadas: por un sistema nervioso central.
3. En fin, cuando queremos subrayar la importancia de perspectivas “complementaristas” para la comprensión de los fenómenos, en el marco de las ciencias antropológicas que hacen un llamado, por ejemplo, a los sistemas de referencia, a rejas de lectura diferentes, (psicológicos, psicosociales, sociológicos), la “complementariedad” es la de conjuntos profundamente o inclusive irreductiblemente, heterogéneos.

El trabajo de análisis consiste menos en intentar homogeneizarlos, al precio de una reducción inevitable, que en intentar articularlos o hasta conjugarlos. A la inversa, podemos hablar de multi-dimensionalidad quedando en el interior de un universo perfectamente homogéneo (las dimensiones de una figura geométrica, por ejemplo). En los límites de un análisis factorial, la multifactorialidad jamás sobreentiende el reconocimiento de la heterogeneidad eventual de los diferentes factores. Esta perspectiva supone evidentemente hacer el duelo de un “monismo”, de un sistema explicativo único que perdura en nuestra cultura. Para concretar esta problemática hemos desarrollado un modelo de explicación de las prácticas educativas, distinguiendo las “miradas” centradas en los individuos, las personas (perspectiva psicológica), en las interacciones, en el grupo (perspectivas psicosociales), en las organizaciones, las instituciones de referencia propios. Cuando queremos estudiar los fenómenos de poder en el campo educativo o fuera, en principio, lo que importa es no confundir la problemática psicoarcaica de la autoridad, que requiere de una lectura psicológica, hasta psicoanalítica (las imágenes parentales, los procesos de transferencia) y el poder, más comprensible desde la mirada del sociólogo. Sin embargo, será necesario aún distinguir entre una representación funcionalista, mecanicista y energética del poder en el marco de una sociología de las organizaciones, por ejemplo, y una representación más política, más deliberadamente institucionalista. El análisis propiamente institucional de un objeto social no es de ninguna manera pertinente en tanto que no se haya efectuado el análisis organizacional correspondiente. La reciprocidad no es, sin embargo, verdadera. Un excelente análisis organizacional puede perfectamente economizar e ignorar las dimensiones específicamente institucionales. Además, las interacciones de grupo y la dimensión de leadership que conlleva, corresponden a una lectura totalmente distinta. Sin embargo, todos estos diferentes aspectos interfieren, y si se quieren evitar las necesidades de una dinámica de grupo barata que enuncia seriamente que tomar la palabra en un grupo es hacer un acto de poder, cuando en realidad se trata de un problema de autorización,<sup>3</sup> lo que de ninguna manera es la misma cosa, valdría más la pena efectuar una instrumentación de análisis mucho más fina. Igualmente, el enfoque de los fenómenos de dominación que proponen los psicólogos (M. Pagès) para comprender determinadas interferencias de lo psíquico y de lo social en el funcionamiento de las grandes organizaciones modernas, particularmente, de las empresas internacionales, viene a complementar muy útilmente, aunque sin confundirse con las aproximaciones más clásicas del poder. Otro ejemplo podría ser buscado aún en la metodología de la intervención. Evidentemente, ésta es central en la perspectiva socioanalítica. Sin embargo, será necesario esperar la puesta al día de las adquisiciones de la psicología, en este campo, para que una elaboración teórica se haga posible, más allá de las teorizaciones del terreno.<sup>4</sup> Aún es necesario comprender aquí que para estas diferentes perspectivas hay lenguajes muy diferentes por su vocabulario, su sintaxis, su filosofía y, finalmente, su representación del objeto, que son, de hecho, hablados. Si muy frecuentemente la pluridisciplinariedad, la interdisciplinariedad evocadas e invocadas permanecen como promesas piadosas es, en gran parte, porque cada una quiere conservar el uso de su propio lenguaje sin querer aprender y hablar aquél de los otros. Mucho más que una yuxtaposición de “miradas” disciplinarias, lenguas sin confundirlas. El “complementarismo” de G. Devereux es otra forma de multirreferencialidad. Por su parte, la aproximación etnometodológica de las prácticas sociales, es igualmente plural, por el hecho mismo de la “indexabilidad”

que reconoce. (De paso, esto nos sugiere, un excelente ejemplo de la opacidad fundamental, irreductible, sin que sea por familiarización y de manera totalmente legítima, como lo señalamos arriba).

A veces el análisis multirreferencial se abocará a la comprensión de los conceptos y de las nociones, en una intencionalidad que se acerque, a pesar de todo, a las preocupaciones explicativas, a veces se abocará a la comprensión de las situaciones. En efecto, se requiere ser consciente de que la mayor parte de los trabajos sobre la educación tratan sobre las “prácticas sociales” mucho más que sobre los fenómenos o los hechos entendidos comúnmente. A partir de esto, el análisis ya no se define como tradicionalmente por su capacidad de recorte, de descomposición, de división-reducción en elementos más simples, sino por sus propiedades de “comprensión”, de “acompañamiento” de los fenómenos vivos y dinámicos en los cuales se interesa, desarrollando así un proceso de “familiarización clínica” (que sobre todo no hay que confundir con la “domesticación” del “Principito”, tan valiosa para Saint-Exupéry). En esta relación implicada al otro, la escucha, al tomar en cuenta las dimensiones histórico-temporales que la observación deja de lado, va a jugar un rol muy importante, cuando se puede demostrar que es insignificante en otros campos científicos.

De hecho, hay que distinguir entre:

- Una multirreferencialidad comprensiva, a nivel del enfoque clínico, forma de escucha destinada a la familiarización de los intervinientes con las particularidades idexicales y simbólicas, así como con las significaciones propias de los *allant-de-soi*,<sup>5</sup> formas triviales, puestos en marcha espontáneamente por sus colegas
- Una multirreferencialidad interpretativa, ejercida igualmente a nivel de las prácticas, a partir de datos precedentes y que pretende un cierto tratamiento de este material a través de la comunicación;
- Una multirreferencialidad explicativa, más interdisciplinaria y orientada hacia la producción de saber. Aquí hay una dificultad para el pensamiento: la heterogeneidad evidente entre las multirreferencialidades comprensivas e interpretativas, por un lado, ligadas a la escucha, y, ordenadas según la temporalidad y la multirreferencialidad explicativa (que supone, ella misma, referenciales heterogéneos exteriores) siempre ordenada con base en una especialización al menos ideal.

Traducción de PATRICIA DUCOING y revisión de MONIQUE LANDERMANN.

---

<sup>3</sup>La autorización se entiende, aquí, en el sentido de autorizarse a sí mismo para algo y no a alguien es más común solicitar autorización a otro. Dicho de otra manera, retomando la etimología, la autorización, en este sentido, es la capacidad conquistada por la educación, por la experiencia, de convertirse en su propio autor. Depende esencialmente de una evolución de fondo psico-arcaico que condicionan las primeras representaciones de la autoridad. N.T.

<sup>4</sup>Cfr. Mendel G. et al. *L'intervention institutionnelle*. París, Payot, Petite Bibliothèque Payot, 1981. Y Dubost J. *L'intervention psychosociologique*. París, Presses Universitaires de France, 1987.

<sup>5</sup>Obvios. N. T.